

Nuevas familias, nuevas patologías

Margarita Sánchez Durá

Margarita Sánchez Durá, psicoanalista, falleció el 28 de marzo de 2006 en Valencia, ciudad donde ejerció su profesión, atendiendo durante más de 30 años a niños, adolescentes y adultos. El tratamiento terapéutico de los jóvenes y de sus familias, a la vez que el asesoramiento a padres en los períodos de post-adopción, le llevó a interrogarse acerca de la influencia que los nuevos tipos de familia tienen en la estructuración del psiquismo humano, para poder comprender así las nuevas manifestaciones de malestar y sufrimiento psíquico que observaba en su consulta. El presente artículo de Margarita Sánchez Durá, «Nuevas familias, nuevas patologías», corresponde al texto de su intervención en una mesa redonda que se celebró en la Asociación Psicoanalítica de Madrid el 2 de diciembre de 2003. En aquella ocasión compartió el estrado con Teresa Olmos y René Soulier, quienes presentaron, respectivamente, «Algunas reflexiones sobre el niño y el adolescente del siglo XXI» y «El niño y el adolescente en el siglo XXI». Dicha mesa redonda suscitó un enorme interés en los psicoanalistas que compartieron su apertura a la comprensión de las nuevas manifestaciones psicopatológicas. (M. Ángeles Albamonte).

El tema de este debate me hace pensar sobre algo que he ido observando en la clínica y que me ha llevado a comentar con otros colegas. ¿Qué tipo de patologías nos encontramos hoy en nuestras consultas?, ¿hay otras patologías o siguen siendo las mismas con otros ropajes?

Algunos aspectos son los mismos, otros distintos. También son distintas las condiciones socioeconómicas de finales del siglo XX y principios del XXI, así como las familias de nuestros pacientes niños y adolescentes. Ha habido grandes cambios sociopolíticos a partir de los años setenta. Con la ruptura del equilibrio político: la caída del Muro de Berlín, la Guerra del Golfo, etc, se entra en una etapa de inestabilidad política y económica (trabajo y empleo), los derechos de los ciudadanos se privatizan y/o suprimen. Las utopías relacionadas con los ideales se truncan y lo que queda es un orden regido por la competencia económica. A esto se añade una crisis cultural que debilita los puntos de referencia simbólicos e identificatorios necesarios para la constitución del sujeto.

La larga etapa del desamparo infantil del ser humano nos lleva a pensar en la importancia de la familia y en sus cambios. La característica de la humanidad es dotar de significado al recién llegado inscribiéndolo e integrándolo en la cadena de las generaciones. Son necesarias formas de organización de las relaciones de parentesco para que los nuevos miembros encuentren un lugar en el universo simbólico que los constituye como sujetos humanos.

La familia humana es un lugar de intercambio y poder, una institución social y cultural mediadora entre el mundo social y particular, un lugar de articulación de la diferencia de sexos y generaciones. A sus miembros les une un vínculo de filiación que es asimétrico y crea lazos de protección y culpabilidad. Aunque actualmente observamos la fantasía de la posibilidad de un vínculo simétrico; nos encontramos entonces con padres infantilizados e hijos parentalizados y las generaciones quedan abolidas en una mezcla en la que todos los papeles son posibles.

Es cierto que el tipo de familia actual puede promocionar esta actitud puesto que tiende a hacerse proteiforme: familias monoparentales, recompuestas, parejas del mismo sexo, etc. Lo que marca la diferencia con otros momentos es la forma sucesiva que puede adquirir una familia a lo largo del tiempo. Frecuentemente es difícil discriminar el papel que ocupan los distintos miembros de una familia recompuesta: «el hijo del novio de mi madre también vive con nosotros», «¿qué ocurre con la nueva pareja de mi madre, que no es mi padre y no es mi amigo?»... ¿En qué consiste un lugar familiar que sin ser genealógico es no obstante generacional? En tanto no quede claro que este lugar generacional es legítimo, que implica deberes y prohibiciones (incesto), la oscilación entre padre y amigo supone una confusión de sentimientos. Las nuevas formas familiares pueden producir un conflicto de lealtades en los hijos que con frecuencia tienen que resolver por sí mismos.

Sol es una niña de doce años en la actualidad, que empecé a tratar cuando tenía nueve años y medio. Su madre consultó por la dificultad de separación entre ellas dos. Sol había perdido a su padre dos años antes; éste se había suicidado. Mi paciente no lo sabía y no lo sabe. Madre e hija parecían dos novias del marido y padre muerto. La madre encontraba un sostén en mi paciente. También vivía esporádicamente con ellas otra hija de la madre, de 18 años, de otra pareja anterior. Cuando consultó la madre hacía unos meses que había aparecido un nuevo hombre en su vida y estaba asustada ante la reacción de celos, rabia y miedo que mostraba Sol. Esta nueva pareja de la madre tiene a su vez un hijo de 17 años que actualmente también vive con ellos. En el periodo entre la muerte del marido y esta nueva relación la madre de Sol había decidido adoptar un niño de Centroeuropa, proyecto entre ella y sus hijas que también fue asumido por la nueva pareja de la madre. El niño adoptado, de cinco años, vive también con este grupo familiar desde hace año y medio. Sol siente una gran ambivalencia ante el chico de 17 años con el que convive; está asustada ante el atractivo que siente hacia él. Por un lado le insulta y por otro le llama «mi hermano»; pero entonces se siente angustiada ante lo que percibe como una situación incestuosa. Todos los lugares se han tenido que ir reordenando tanto interna como externamente. Sol siente que necesita guardar lugares sólo para ella y la madre. Cuando va a llevar flores a la tumba de su padre va sola con la madre.

Todo lo anterior hace referencia fundamentalmente a parejas que tienen hijos biológicos propios. Pero crecientemente nos encontramos con familias con hijos adoptivos de otras razas o con hijos engendrados por técnicas reproductivas asistidas, hijos que pueden tener tres padres, dos o tres madres, o incluso ser hijos de sus abuelos. Aunque hoy día es un tipo de familia con una influencia más simbólica que real, ¿qué pasará en el futuro con los hijos de estos nuevos tipos de familia tanto en la constitución de sí mismos como en su derecho a saber de su pasado?

En este punto me gustaría remitirme a Piera Aulagnier cuando se pregunta: «¿Qué pasa con este deseo de hijo que debe ser realizado más allá de cualquier renuncia? Un deseo de hijo que se manifiesta bajo forma de una necesidad que debe ser satisfecha de manera perentoria e imperiosa. ¿Cuál es su objeto?». La autora lo plantea como la negación de la castración y la desmentida de una condición de mortal que no se puede aceptar.

Esta condición no aceptada de mortal nos llevaría a otro punto importante del momento actual: la dificultad para hacer duelos por la omnipotencia perdida y la prolongación de la adolescencia en padres con dificultad para tolerar la incertidumbre, como diría Florence Guignard, característica de las personas adultas ante el otro. En muchos padres la dialéctica ilusión-desilusión funciona hoy a través de convertirse en «padres amigos» que temen ejercer la función parental con la ilusión de poder eludir un conflicto transgeneracional que es organizador del aparato psíquico y de la sociedad. Se crea entonces una rivalidad padres-hijos en la que todos están del lado «hijos». ¿Cómo pueden tolerar los padres la obsolescencia cuando se sienten jóvenes eternos?

También el adolescente está inmerso en el contexto de crisis socioeconómica y cultural al que me he referido anteriormente. Me gustaría recordar algo de Winnicott que creo de plena actualidad: «Confiamos en que en el desarrollo del niño se vaya creando una *creencia en algo en su interior*, algo que no sólo es bueno sino confiable y durable, o algo que puede ser recuperado después de haber sido destruido. Se da la confiabilidad por el hecho de estar pre-

sentés, ser confiables y congruentes». En la etapa de la adolescencia el *medio facilitador* desempeña un papel de inmensa importancia; buena parte de las dificultades adolescentes derivan de fallos ambientales. Ese ambiente facilitador posibilitará que en el niño se cree un código moral. Para Winnicott la tendencia antisocial siempre es producto de una *deprivación*.

Los adolescentes con los que yo me he encontrado últimamente en la clínica carecen de esta creencia en algo en su interior y la buscan desesperadamente de formas diversas, casi siempre dañinas para sí mismos: grupos, drogas, posesión rápida de cosas materiales incluyendo el robo, etc. Winnicott entiende que somos nosotros quienes durante la infancia y la adolescencia debemos procurar a los jóvenes, tanto en casa como en la escuela, un medio ambiente facilitador que haga posible que en cada individuo se desarrolle una «*capacidad moral*» propia, un superyó que sea la evolución natural de los elementos del superyó en estado bruto que había en la infancia, y que posibilite que encuentren su propia manera de utilizar o no el código moral y los dones culturales de la época.

Para ello hablaríamos de unos padres que pudieran no dimitir prematuramente, que aceptaran el destronamiento y la pérdida de poder, y que no re proyectaran fálidamente lo proyectado, para que el adolescente no entre en una omnipotencia sin límites y en una soledad extrema. Esto me lleva a hablar de la violencia que vemos frecuentemente en pacientes de 14 a 16 años. A menudo puede ser considerada como una llamada de atención, una forma de afirmarse, de sentirse reales frente a la consideración de que el otro es un peligro para su constitución como sujeto. Jeammet habla de la violencia como mecanismo primario de auto-defensa de un sujeto que se siente amenazado en sus límites y en aquello que constituye el fondo de su identidad y existencia. El otro es alguien que invade mis límites y no me deja ser. Esta violencia tiene una cara hacia fuera (visible) y otra hacia adentro, ligada a las transformaciones puberales donde se ve la dependencia y confusión con los objetos primarios, lo que crea una confusión entre lo narcisista y lo objetal. Existe una violencia más brutal que manifiesta la imposibilidad del adolescente de dar un sentido al cambio de la pubertad.

El porvenir de la violencia tiene tanto que ver con los recursos internos como con los externos (padres). A menudo el adolescente no se siente contenido por la pareja parental y queda suelto ante un problemática edípica pubertaria. No se puede soportar la pérdida del objeto ni la renuncia edípica. La lógica que domina es la de fálico-castrado. Muchos de estos jóvenes se someten a conductas de riesgo ligadas a sentimientos de soledad o a lo que sienten como falta de interés de los padres; una de estas conductas más frecuente es la fuga.

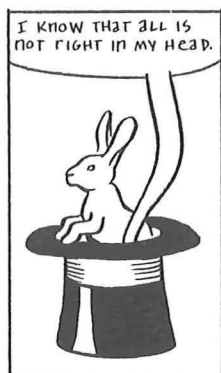
Mateo, un paciente de 16 años, al que atiendo desde hace seis meses, se fugó de casa durante las entrevistas diagnósticas, después de una bronca con la madre, a raíz de prohibirle salir una noche. Estuvo fuera todo el fin de semana. Mateo es diabético desde los once años; se fugó de casa con toda la insulina que había en la nevera, lo que resultó tranquilizador para los padres ya que denotaba una cierta posibilidad de cuidarse y preservarse. Los padres están separados desde hace años y el chico vive un mes con el padre y otro con la madre. El padre es un adolescente que fuma más porros que el hijo y que le ofreció hace tiempo una buena planta de «maría».

La realidad de los padres es sumamente importante en la escena puberal. Pueden proveer representaciones y valores que ayuden al joven a poder abrirse a nuevos objetos, así como a poder iniciar un esbozo de proyecto propio y no uno ya realizado por los padres, lo que llevaría a evitar el trabajo de duelo.

Hoy nos encontramos con patologías nuevas y otras no tan nuevas pero en personas cada vez más jóvenes y, sobre todo, exacerbadas: las patologías límite, de falta de representación y ligazón, que constituirían «el nuevo malestar en la cultura»; las adicciones, fusión con un objeto originario en un estado psíquico de embriaguez mortífera, cada vez más tempranas y múltiples; las personalidades «como si», propiciadas, entre otros factores, por una sociedad que favorece la pseudoadultez del adolescente y le reclama una capacidad adquisitiva que no le pertenece. El joven busca una satisfacción inmediata y la obtención de un placer rápido, una descarga sinónimo de felicidad, que hay que repetir por lo efímero de la experiencia.

Esto ocurre en un momento en que las viejas identificaciones de la infancia caen produciendo una crisis de identidad típica del adolescente. ¿Cómo se enfrentará el joven a la desilusión tanto de sí como del objeto?

Las anorexias y las bulimias son otras de las patologías bien definidas que habrían experimentado un considerable aumento en su frecuencia y precocidad. Pero hay otros comportamientos, de tipo grupal, que aparecen en la actualidad en nuestra clínica, en adolescentes de 14 a 16 años, que constituyen un auténtico fenómeno social no siempre patológico



sobre el que quisiera detenerme. Me refiero a la vida individual y grupal en la calle, donde transcurre gran parte de la vida de cierto tipo de jóvenes, algunos de los cuales, perdidos y confusos, huyen de unos hogares no necesariamente desestructurados. Lessourd habla de la existencia de nexos entre la adolescencia como periodo de pasaje y la calle, lugar de pasaje, espacio-tiempo articulados. Es curiosa la paradoja de que la calle sea a la vez un lugar exterior e íntimo, un lugar de peligros, miedo, violencia, pérdidas, pero también de identidad. Es un lugar de encuentro y de salida, el adolescente se encuentra con el otro y lo tiene que incluir o rechazar, lo que le lleva a veces al límite y a la violencia. El joven en la calle tantea y explora lo desconocido y marca su terreno. Experimenta situaciones en el límite de lo prohibido y lo permitido.

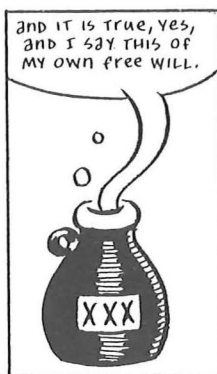
En la calle se produce la ilusión de autoengendramiento puberal por afiliación en oposición a la filiación, lo que da seguridad frente al miedo a la regresión. Esta ilusión se observa en la relación que dichos jóvenes mantienen con los barrios, donde se dan puntos de anclaje en común, frente a otros grupos donde se deposita lo paranoide de lo desconocido y distinto.

Mateo, el paciente de 16 años al que me he referido antes, llama «primos» a sus «colegas» de otros barrios a quienes puede llamar en cualquier momento en que se sienta solo o en peligro. Se identifica con los otros iguales como una pantalla frente al miedo de las incertidumbres identitarias, así nunca se siente solo, cosa que lo sometería a un desasosiego interno intolerable e incluso a sensaciones físicas que no le dejan mantenerse quieto ni pensar. Mateo recurre al grupo como una pseudofamilia que, como dice Florence Guignard, suprime la diferencia de generación y supone una forma de defensa frente a la elaboración y simbolización. Esta mentalidad de masas (grupal) refuerza los aspectos más parasitarios y omnipotentes del superyó.

Agostini hace una comparación entre la calle y sus peligros y la pertenencia o adhesión a un gang interno propio de un superyó taliónico. La calle, por renegación, puede

no ser un lugar de peligros y ser un lugar de fascinación y de excitación. Esta fascinación y excitación me llevan a hablar de un fenómeno actual muy conocido: «la fiesta» o el «ir de fiesta». Sucede durante el fin de semana y dura gran parte o todo él. Lo más destacable de este fenómeno es el estado maníaco en el que se mueve el adolescente durante todo este tiempo. Es un estado maníaco inmanejable que suele acabar con actuaciones violentas como descarga. Este momento de completud narcisista y de fusión con el objeto, favorecidas ambas por las sustancias que ingiere, tiene como contrapartida un desinvertimiento brutal de la vida cotidiana, de la realidad y de toda actividad que implique desplazamiento y simbolización, y viene acompañado de un sentimiento de devastación. El adolescente se queda entonces el resto de la semana con el aburrimiento, el cansancio y la desazón, y «la fiesta» es la gran idealización del siguiente fin de semana donde todo será posible.

En una sesión reciente Mateo relata la salida del fin de semana anterior y acto seguido comienza a hacer planes para el fin de semana siguiente. Irá a la discoteca A con sus amigos X, Y y Z y allí se encontrará con «la peña». Aunque ahora ya no esnifa cocaína intenta seducirme con el relato pormenorizado de lo que va a consumir, porros y alcohol. Mientras



habla tiene un mechero en las manos, al que no deja de dar vueltas nerviosamente. Ante una indicación mía responde: «No puedo dejarlo, tengo que hacer algo». Tiene que ponerse a estudiar porque repite curso y los exámenes se acercan. Esto lo desasosiega porque no consigue concentrarse y rinde muy poco. Dice: «estás tú que me voy a poner a estudiar para lo que saco...». Sigue diciendo que tiene mucho sueño hoy y se queda semidormido, dando una cabezada. Cuando le señalo que entre el fin de semana pasado y el próximo su vida del medio no tiene color o sentido su respuesta habitual era: «no me marees» o «no me agobies». Ahora puede decirme: «sí, eso es verdad».



El sueño que muestra Mateo durante la sesión lo entiendo como una sensación de aburrimiento y desconexión por tener que retomar una actividad de pensamiento que le obligue a renunciar a la ilusión de fusión entre el yo y el ideal. Ante esa idealización el pensamiento es un mareo y un agobio, la vida cotidiana aparece totalmente desinvertida. Al igual que otros adolescentes como él, Mateo no puede soportar el penoso camino de tolerar la desilusión y la imperfección que le permitiría construir sus propios proyectos según el principio de realidad (ideal del yo); sino que se queda en la idealización (yo ideal), lo que perpetúa un vínculo regresivo con el objeto donde todo vale para mantenerse en ese estado (fiesta, drogas, violencia, etc.) ■